



T
O
K
Y
O
-
V
E
C
E

JAKE ADELSTEIN



PENÍNSULA

Tokyo Vice

Jake Adelstein

Traducción de Ana Camallonga

Título original: *Tokyo Vice. An American Reporter on the Police Beat in Japan*

Copyright © 2009 by Joshua Adelstein

This translation published by arrangement with Pantheon Books, an imprint of The Knopf Doubleday Group, a division of Penguin Random House, LLC.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2021

© de la traducción del inglés, Ana Camallonga Claveria, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B. 10.829-2021

ISBN: 978-84-1100-009-3



Índice

Diez mil cigarrillos	13
----------------------	----

PRIMERA PARTE

朝日

EL SOL DE LA MAÑANA

El destino estará de tu lado	23
No se trata de aprender, sino de desaprender	40
Venga, novatos, coged vuestras libretas	61
El chantaje, el mejor amigo del periodista en ciernes	79
Es Año Nuevo, peleémonos	90
El <i>Manual del perfecto suicida</i>	99
El asesinato de la <i>snack-mama</i> de Chichibu	115
Me enterrarán en una zanja poco profunda	136
Las desapariciones en serie de los compradores de perros de Saitama (primera parte)	158
Las desapariciones en serie de los compradores de perros de Saitama (segunda parte)	185

SEGUNDA PARTE
日常
LA JORNADA LABORAL

¡Bienvenido a Kabukicho!	211
Mi noche como chico de compañía	239
¿Qué fue de Lucie Blackman?	255
Cajeros automáticos y martillos neumáticos: un día en la vida de un periodista de la <i>shakaibu</i>	297
Flores de tarde	306
El emperador de la usura	321

TERCERA PARTE
夕暮れ
EL CREPÚSCULO

El imperio del tráfico humano	357
Diez mil un cigarrillos	394
De vuelta a las calles	401
Confesiones de un yakuza	415
Dos venenos	441
Epílogo	481
Una nota sobre las fuentes y la protección de las fuentes	493
Agradecimientos	495
Nota del autor	501

PRIMERA PARTE

朝日

EL SOL DE LA MAÑANA

El destino estará de tu lado

El 12 de julio de 1992 marcó un punto de inflexión en mi experiencia educativa en Japón. Estaba pegado al teléfono, con los pies dentro de mi diminuta nevera —en plena canícula cualquier fuente de frío es buena— esperando una llamada del *Yomiuri Shinbun*, el periódico más prestigioso del país. O conseguiría un trabajo como periodista o seguiría sin empleo. Fue una larga noche, la culminación de un proceso que se había prolongado durante todo un año.

Poco antes de aquello había estado regodeándome en el lujo que supone no preocuparse en absoluto por el futuro. Estudiaba un grado en Literatura Comparada en la Universidad de Sophia (Joichi), en el centro de Tokio, y escribía para el periódico estudiantil.

De modo que tenía experiencia, pero nada que se pareciese a una carrera en ciernes. Disfrutaba de unos ingresos decentes gracias a que traducía vídeos formativos de kung-fu del inglés al japonés, lo que me situaba un escalón por encima de los que daban clases de inglés. Si lo combinaba con los masajes suecos que daba de vez en cuando a ricas amas de casa japonesas, ganaba lo suficiente para mis gastos diarios, pero seguía dependiendo de mis padres para pagar la matrícula.

No tenía ni idea de lo que quería hacer con mi vida. A la

mayoría de mis compañeros de la universidad había empresas que se habían comprometido a darles un trabajo en cuanto se graduaran, una práctica llamada *naitai* y que es poco ética, pero que está muy extendida. Yo también tenía un empleo esperándome, en Sony Computer Entertainment, pero solo si ampliaba un año más mis estudios. No era un trabajo que me hiciera especial ilusión, pero era Sony, a fin de cuentas.

Así, a finales de 1991, viendo que tenía pocas clases y mucho tiempo libre, me sumergí en el estudio de la lengua japonesa. Decidí que me presentaría a las pruebas que se convocaban para los estudiantes a punto de graduarse que querían conseguir un empleo como periodista. Me convencí de que, si era capaz de escribir para el periódico estudiantil, podría hacerlo también para un periódico de tirada nacional con ocho o nueve millones de lectores.

En Japón, nadie llega a trabajar en los periódicos más importantes haciéndose primero un nombre en diarios de provincias o regionales. Los periódicos contratan a la mayoría de sus reporteros de entre los recién graduados en la universidad, pero, antes, esos cachorros tienen que aprobar unas «pruebas de acceso» estandarizadas, algo así como una selectividad periodística. El ritual funciona de la siguiente manera: los aspirantes a periodista comparecen en un auditorio gigante y se examinan durante todo un día; si tu puntuación es lo bastante buena, te hacen una entrevista, y luego otra, y luego otra. Si las entrevistas van bien, y si les gustas a las personas que te examinan, entonces quizá consigas que se comprometan a darte un empleo.

En realidad, no creía que un periódico japonés fuera a contratarme. A ver: ¿qué posibilidades había de que admitieran a un chico judío de Missouri en aquella fraternidad periodística japonesa de primer nivel? Pero no me impor-

taba. Si tenía un motivo por el que estudiar, si tenía un objetivo, por inalcanzable que fuera, el tiempo que dedicara a perseguirlo podría reportarme algún beneficio colateral. Como poco, mi japonés mejoraría.

Pero ¿a qué plaza debía presentarme? Japón tiene una cantidad desproporcionada de medios de comunicación, y su papel es más crucial que el de sus homólogos en Estados Unidos.

El *Yomiuri Shinbun* es el periódico de mayor difusión —imprime más de diez millones de ejemplares al día— de Japón y, de hecho, de todo el mundo. El *Asahi Shinbun* por aquel entonces le pisaba los talones y ahora, aunque a más distancia, sigue siendo el segundo. Se decía que el *Yomiuri* era el medio oficial del PLD, el Partido Liberal Democrático, la formación que ha dominado la política japonesa desde la Segunda Guerra Mundial; el *Asahi* era el periódico oficial de los socialistas, que hoy no tienen casi presencia pública, y el *Mainichi Shinbun*, el tercero con más difusión, era el diario oficial de los anarquistas, porque jamás consiguió decantarse por ningún bando. Al *Sankei Shinbun*, que por entonces era seguramente el cuarto en difusión, se lo consideraba la voz de la extrema derecha. Las malas lenguas decían que tenía la misma credibilidad que un tabloide de supermercado, pero publicaba a menudo buenas exclusivas.

Kyodo, la agencia de noticias, algo así como la Associated Press de Japón, no era tan fácil de situar. Conocida, en sus orígenes, como Domei, era el órgano oficial de propaganda del gobierno japonés durante la Segunda Guerra Mundial, pero las ataduras que unían a uno y otro no desaparecieron del todo cuando la empresa pasó a manos privadas al acabar el conflicto. Además, Dentsu, la mayor y más poderosa agencia de publicidad de Japón (y del mundo)

tiene una participación mayoritaria en la compañía, lo que puede influir en el modo en que cubre ciertas noticias. Aunque hay algo que convierte Kyodo en un lugar maravilloso en el que trabajar: su sindicato, que es la envidia de todos los periodistas de Japón, y que se asegura de que los reporteros de la agencia disfruten de los días de vacaciones que les corresponden, algo muy poco habitual en la mayoría de las empresas japonesas.

Luego está también Jiji Press, que es algo así como la hermana pequeña de Kyodo, pero que le pone mucho empeño. Tiene menos lectores y menos periodistas. Circula la broma de que los reporteros de Jiji escriben sus artículos después de leer lo que aparece en Kyodo: una broma cruel propia de una industria cruel.

Al principio me inclinaba hacia el *Asahi*, pero empezó a molestarme su tendencia a convertir a Estados Unidos en el malo de cualquier situación. No parecía corresponderse con la imagen que yo creía que la mayoría de los japoneses tenían de Estados Unidos como estandarte de la democracia, como el país que lleva la libertad y la justicia a todo el mundo.

Los editoriales del *Yomiuri* eran difíciles de entender, duros y de talante muy conservador. Estaban repletos de kanjis (los ideogramas chinos) y no iban faltos tampoco de vaguedad, pero los artículos de la sección de nacional me parecían excelentes. En una época en la que la expresión «trata de personas» aún no formaba parte del vocabulario cotidiano, el *Yomiuri* publicó una serie de contundentes artículos sobre el drama de las mujeres tailandesas a las que se introducía de forma ilegal en Japón para trabajar en la industria del sexo. Los artículos trataban a las mujeres con cierta dignidad y, aunque de forma tibia, se mostraban críticos con la policía por la poca convicción con la que intentaba poner freno a la

situación. Me pareció que la postura del periódico estaba firmemente del lado de los oprimidos; que luchaba por que se hiciera justicia.

Las pruebas del *Asabi* y del *Yomiuri* eran el mismo día. Me apunté a las del *Yomiuri*.

La prueba se encuadraba dentro del Seminario Yomiuri Shinbun de Periodismo, un evento que actúa a modo de tapadera, conocida por todos, para realizar contrataciones antes de que dé comienzo la etapa oficial de búsqueda de empleo. Eso les permite a los responsables del periódico quedarse con *la crème de la crème*. No se anuncia demasiado, de modo que, si de verdad te interesa entrar a trabajar en el *Yomiuri*, tienes que leer el periódico religiosamente, para que no se te escape el billete dorado. Los del periódico estudiantil que aspiraban a trabajar en el *Yomiuri* revisaban también las páginas del diario. Japón es un país en el que las apariencias cuentan, de modo que supe que debía mostrar un aspecto respetable. Metí la cabeza en mi armario y descubrí que la humedad del verano había convertido mis dos trajes en un experimento micótico. Así que fui corriendo a una tienda de saldos de ropa para hombre y compré un traje de verano por el equivalente a trescientos dólares. Estaba hecho de una tela fina que respiraba y tenía un bonito acabado mate negro. Me quedaba bien.

Quise impresionar a Inukai, que era mi amigo y el redactor jefe del periódico estudiantil, con mi elegancia a la hora de vestir, pero cuando me presenté en la oficina, situada en un sótano oscuro con aires de mazmorra, su reacción no fue la esperada.

—Mi más sentido pésame, Jake-kun.

Aoyama-chan, otra compañera, compuso una expresión pensativa. No dijo ni una palabra.

Yo no entendía nada.

—¿Qué ha pasado? ¿Un amigo?

—¿Un amigo?

—¿Quién ha muerto?

—¿Qué? No ha muerto nadie. Todos mis conocidos están bien.

Inukai se sacó las gafas y las limpió con su camisa.

—Entonces ¿ese traje te lo has comprado tú mismo?

—Sí. Treinta mil yenes.

Inukai estaba disfrutando con la situación. Estaba claro por el modo en que entornaba los ojos, como un cachorrito feliz.

—¿Qué clase de traje querías comprar? —preguntó con seriedad impostada.

—El anuncio decía que era *reifuku*.

Aoyama-chan lanzó una risita nerviosa.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué problema hay?

—¡Idiota! ¡Te has comprado un traje para ir de entierro! ¡No *reifuku*, sino *mofuku*!

—¿Qué diferencia hay?

—Los *mofuku* son negros. Nadie lleva un traje negro a una entrevista de trabajo.

—¿Nadie?

—Bueno, quizá un yakuza sí.

—A ver, ¿y no puedo fingir que vengo de un funeral? Igual de paso les doy pena.

—Eso es verdad. La gente suele mostrar compasión con los que sufren deficiencias mentales.

—¿Quizá puedas optar a un puesto de trabajo en la yakuza! —intervino Aoyama—. ¡Van de negro! ¡Podrías ser el primer yakuza *gaijin*!

—No está hecho para la yakuza —dijo Inukai—. ¿Y qué hará cuando lo echen?

—Es verdad —concedió Aoyama, asintiendo—. Si sale

mal, no le será fácil volver a trabajar como periodista. No es fácil utilizar un teclado con nueve dedos.

—No creo que vaya a poder salir de la organización con nueve dedos. —Inukai no podía parar—. Serán más bien ocho. Es el típico que la caga, dice lo que no debe, se tropieza y no llega nunca puntual. Un bárbaro.

—Sí, es verdad —dijo Aoyama—. A ver, podría teclear con dos dedos. Pero desde el punto de vista profesional, no creo que sirva para la yakuza. Aunque le queda bien el traje negro.

—¿Qué voy a hacer?

—Cómprate otro traje —dijeron al unísono.

—No tengo dinero.

Inukai me miró pensativo.

—Mmm. Puede que, como eres un *gaijin*, no te lo tengan en cuenta. Quizá hasta piensen que es gracioso... Siempre y cuando no crean que eres idiota.

Y eso es lo que hice.

El 7 de mayo me dirigí, con mi traje de funeral, a la primera sesión del seminario, que tenía lugar a las 12:50 en un lugar de aspecto impresionante situado junto a la redacción principal del *Yomiuri Shinbun*. El seminario se desarrollaría a lo largo de dos jornadas no consecutivas. En la primera se impartían clases. En la segunda se celebraría el *enshuu*, «trabajo práctico», un eufemismo para referirse a las pruebas. Me sorprendió que utilizaran esa palabra, porque es un término básicamente militar.¹

1. A los periodistas del *Yomiuri* se los llama a veces *Yomiuri-gun* (ejército del *Yomiuri*) y los colaboradores de la sección de *shakaibu* (noticias nacionales, de sucesos y locales) son los *yu-gun* (literalmente, «ejército de inútiles», aunque el significado tradicional es «cuerpo de reserva»). (*N. del a.*)

El seminario dio comienzo con un discurso de bienvenida y una conferencia «para aquellos de vosotros que aspiráis a ser periodistas», seguida de una segunda charla sobre los principios éticos de la información periodística. Hubo a continuación una sesión de dos horas durante la que «los que están en primera línea» —periodistas en activo— hablaron de su trabajo, de la satisfacción de publicar una primicia y del suplicio que suponía que la tuviera la competencia.

No recuerdo demasiado de ninguna de esas charlas. Las muchas horas que había invertido en leer y en aprender a escribir de forma semicompetente en japonés habían tenido su contrapartida: mi comprensión auditiva dejaba mucho que desear. Tampoco hablaba con demasiada soltura. La mía era una jugada muy estudiada. Tenía que sacar buena nota en la prueba escrita para pasar a la fase de entrevistas, de modo que había dedicado más tiempo a leer y a escribir que al resto. No era sordo ante el japonés hablado, pero sí podía decirse que sufría una discapacidad auditiva y de habla.

Aun así, por lo que pude entender, lo que dijo el periodista de sucesos sobre su trabajo en la unidad de seguridad ciudadana del Departamento de Policía de Tokio sonaba muy bien. El hombre, de unos cuarenta años, tenía el pelo rizado y canoso y los hombros caídos; lo que los japoneses llamarían un tipo con «postura de gato».

Según explicó, la unidad de seguridad ciudadana pocas veces realizaba declaraciones públicas y nunca, jamás, emitía comunicados. Se informaba de todo en la rueda de prensa, de modo que, si no prestabas atención, se te podía escapar la noticia. No era el lugar adecuado para los yonquis de la adrenalina (ni para los extranjeros). Los periodistas a veces podían pasarse un año entero sin escribir una

sola palabra. Pero cuando había detenciones, solían ser noticias de mucha consideración, porque tenían que ver con asuntos de seguridad nacional.

La prueba en sí o «maniobra militar», como la llamaban, estaba programada tres días más tarde, en el Instituto de Formación Profesional de Ingeniería Yomiuri, situado en las afueras de Tokio.

Como no había leído el folleto corporativo, me sorprendió que un periódico gestionara también una escuela de formación profesional. Por entonces aún no sabía que el *Yomiuri* era mucho más que un medio de comunicación: era un vasto conglomerado de compañías que abarcaban desde un parque de atracciones, Yomiuriland, hasta la agencia de viajes Yomiuri Ryoko, pasando por el hotel Yomiuri, en Kamakura, una posada tradicional japonesa. El *Yomiuri* tenía también su propio minihospital, en la tercera planta de la sede central de la corporación, dependencias para dormir en la cuarta planta, una cafetería, una farmacia, una librería y su propio fisioterapeuta. Al equipo de béisbol de la empresa, los Yomiuri Giants, se los suele comparar con los New York Yankees, por su popularidad en todo el país. Ocio, vacaciones, salud, deporte... En Japón era posible vivir sin tener que dejar jamás el imperio del *Yomiuri*.

Desde la estación, me limité a seguir a la muchedumbre de jóvenes japoneses vestidos con trajes de color azul marino y corbatas rojas, el atuendo que en la época se consideraba apropiado para buscar trabajo. En 1992, aquello también quería decir que los que llevaban peinados a la moda, con el pelo de color castaño o rojo, se lo habían teñido otra vez de negro. Había también unas cuantas mujeres que llevaban la versión femenina del sobrio traje azul marino.

Llegué al instituto de formación profesional quince minutos antes de la hora y me inscribí.

—¿Está seguro de que se encuentra en el sitio correcto?
—me preguntaron a la entrada.

—Estoy seguro —respondí con modestia.

El examen se dividía en cuatro partes. La primera era un examen de japonés; la segunda, de lenguas extranjeras, y podías escoger entre varias; la tercera era una redacción, y la cuarta una carta de presentación en la que tenías que venderte como potencial empleado.

La primera parte fue coser y cantar: acabé veinte minutos antes que el resto. Estuve allí sentado un buen rato, sintiéndome muy orgulloso de mí mismo, hasta que, despreocupadamente, le di la vuelta a la hoja del examen y me percaté de algo que hizo que me diera un vuelco el corazón: había preguntas también en aquel lado del folio. Traté de acabar, pero temí haber echado a perder la prueba. Cuando acabó el tiempo, entregué lo que había hecho (o lo que no había hecho). Molesto conmigo mismo, volví a mi asiento, dispuesto a olvidarme del resto de la prueba e irme a casa.

Estaba allí sentado, pálido por la conmoción de lo ocurrido, cuando se me acercó un trabajador del *Yomiuri* y me dio un golpecito en el hombro. Llevaba un corte de pelo a tazón, como el de los Beatles, y gafas de montura metálica. Su voz ronca no encajaba ni con su altura ni con su aspecto. (Más adelante supe que se trataba de Endo-san, del Departamento de Recursos Humanos; moriría pocos años después por las complicaciones derivadas de un cáncer de garganta.)

—Me ha llamado la atención verlo entre los solicitantes —dijo en japonés—. ¿Por qué se ha presentado a las pruebas?

—Bueno, pensé que si me iba bien quizá me sería más fácil conseguir un trabajo en la versión en inglés del periódico, el *Daily Yomiuri*.

—Le he echado un vistazo a su examen. Ha contestado muy bien a las primeras preguntas. ¿Qué ha pasado con las demás?

—Me da vergüenza reconocerlo, pero no me he dado cuenta de que había preguntas a los dos lados del papel hasta que ya era demasiado tarde.

—Aah. Deje que añada una nota. —Sacó una agenda del bolsillo de su chaqueta y garabateó algo en ella. Luego se dirigió de nuevo a mí—. Olvídense del *Daily Yomiuri*. Sería una lástima que desaprovechara su tiempo allí. Debería intentar entrar en el de verdad. Aún no es demasiado tarde. Estudia usted en Sophia, ¿verdad?

—Sí —respondí.

—Me lo parecía —dijo dándome una palmada en el hombro—. No se rinda.

Me quedé sentado mientras se desataba un debate en mi interior. ¿Abandonaba y me iba a casa o aguantaba hasta el final? Me levanté de mi asiento y me eché la mochila al hombro. Al deslizar la vista por la sala, me pareció que el tiempo se detenía por un momento. El parloteo se desvaneció, todo el mundo se quedó quieto a medio gesto y oí un pitido en los oídos. En ese instante, supe que irme o quedarme iba a ser la decisión más importante de mi vida adulta. En algún lugar, en un universo alternativo, yo me fui de allí. Pero no en este.

Volví a dejar mi mochila en la mesa con un golpe sordo y me senté. Saqué mis lápices, acerqué la silla a la mesa y me preparé para la siguiente ronda. Si pudiera ponerle música

a mi vida, escogería la banda sonora de una película de James Bond para aquel momento. Está claro que poner en fila tus lápices no es una imagen que pueda convertirse en una secuencia inicial memorable, pero es lo más cerca que he estado jamás de una acción heroica.

La siguiente parte era la prueba de lenguas extranjeras. Yo, llámame tonto, escogí el inglés, y fue allí donde todos aquellos meses traduciendo y subtitulando vídeos formativos de kung-fu al fin dieron sus frutos. Tuve que traducir un fragmento sobre la economía libre en Rusia del inglés al japonés, y un pasaje sobre el progreso social en la sociedad moderna del japonés al inglés. Conseguí acabar ambas traducciones antes de la siguiente pausa de diez minutos.

Luego tocaba la redacción. El tema era los *gaikokujin* o extranjeros y, tras la mala suerte de la primera prueba, empezaba a sentir que estaba tocado por la fortuna. Aquel era un asunto sobre el que a todos los extranjeros nos preguntaban con frecuencia y sobre el que, en Sophia, me habían hecho escribir varias veces.

A veces es mejor tener suerte que talento.

Resultó que, aunque mi examen de japonés había sido un desastre, quedé en la posición noventa de los cien candidatos, lo que significa que mi prueba era mejor que la del diez por ciento de los solicitantes japoneses. Quedé el primero en el apartado de lenguas extranjeras, tanto en la traducción del inglés al japonés como del japonés al inglés. De hecho, hice peor la traducción al inglés, lo que no dice mucho de mi dominio de mi propia lengua. Aprobé por los pelos la redacción, más por el contenido que por la gramática. En total, tras las tres primeras partes de la prueba te-

nía setenta y nueve puntos de los cien posibles, lo que me colocaba en la posición cincuenta y nueve sobre cien. No era ninguna maravilla, pero aun así me llamaron para hacer la entrevista. La única razón que se me ocurre es que alguien se compadeció de mí por dejarme la página de detrás del examen de japonés.

La primera entrevista, que tuvo lugar tres semanas después, fue afortunadamente breve. Pude explicar mi metida de pata y me preguntaron cuáles eran mis expectativas con relación al trabajo y si estaba dispuesto a trabajar durante muchas horas. Yo dejé clara mi voluntad de esforzarme al máximo. Me formularon varias preguntas para comprobar cuánto sabía sobre el *Yomiuri* y mencioné la serie de artículos sobre las prostitutas tailandesas y lo mucho que me había impresionado una cobertura tan a fondo del tema, lo que me hizo ganar puntos extra con los periodistas de la sección de local que estaban presentes.

Me dijeron que habría otras dos entrevistas y luego no supe nada durante varias semanas.

Ahí es cuando empecé a ponerme nervioso. Lo que había empezado como un reto algo peculiar había entrado de repente en el ámbito de lo posible. Llegaba cada día temprano a casa y esperaba a que sonara el teléfono. Leía el periódico religiosamente. Me apliqué más aún al estudio del japonés. Si conseguía el trabajo, pensaba, ¿cómo iba a sobrevivir? Comencé a ver la televisión con la esperanza de mejorar mi competencia auditiva.

Un día, la frustración de vivir en el limbo me empujó a salir a la calle. Me metí a ver una película de terror de pésima calidad en un cine de Kabukicho.

De vuelta a casa tras la película, vi una máquina de aspecto extraño, de las que echan las cartas del tarot, a la entrada de unos recreativos. En el estado mental en el que me encontraba, me imaginé que podría ser una buena idea consultar a un experto.

Introduje cien yenes en la máquina. La pantalla se iluminó y una espiral rosa y verde empezó a dar vueltas. Escogí la categoría —«trabajo»—, la adivina —«Madame Tantra»—, y añadí mi información personal. Madame Tantra, una adorable mujer japonesa con un chal y una marca roja en la frente, como las sacerdotisas hindúes, apareció en la pantalla en medio de una cortina de humo y me pidió que escogiera mis cartas. Hice rodar la esfera que ejercía las veces de ratón y llevé a cabo mi selección en los mazos de cartas que había dispuestos sobre la mesa virtual.

El veredicto final: Rey de Espadas, boca arriba.

Éxito.

Palabra clave: curiosidad.

El trabajo más adecuado para ti es el de redactor publicitario, corrector o cualquier otro que tenga que ver con la escritura. Para ese tipo de trabajo se necesitan habilidades literarias, pero también un cierto grado de vulgar figoneo (curiosidad). Como tienes ambos atributos, seguro que sabrás hacer uso de tus habilidades. Si despliegas tus antenas para buscar información y cultivas tu curiosidad morbosa en un sentido positivo, EL DESTINO ESTARÁ DE TU LADO.

No lo podía creer. Daba tan en el clavo que conservé el papelito. Fortalecido con los favores de la Fortuna, cogí el último tren a casa y comprobé el contestador automático:

había una llamada del *Yomiuri* pidiéndome que acudiera a una segunda ronda de entrevistas.

La segunda ronda consistía en un panel de tres personas. Dos de los jueces parecían entusiasmados, pero el tercero me miraba como si yo fuera una mosca en su *sashimi*. Tuve la sensación de que mi candidatura había causado controversia. Tras una serie de preguntas, uno de ellos me preguntó lo siguiente, muy serio.

—Usted es judío, ¿verdad?

—Sí, en teoría, sí.

—Hay mucha gente en Japón que cree que los judíos controlan la economía mundial. ¿Qué opina al respecto?

—¿Creen que si los judíos controlaran de verdad la economía mundial —me apresuré a contestar— me presentaría para un trabajo como periodista aquí? Sé cuál es el salario del primer año.

Supongo que era la respuesta correcta, porque se rio entre dientes y me guiñó un ojo. No hubo más preguntas.

Me levanté para irme, pero uno de ellos me detuvo.

—Adelstein-san, habrá solo una ronda más de entrevistas. Si lo llaman para acudir, es que ha entrado. Llamaremos a los candidatos el 12 de julio. Asegúrese de estar en casa ese día. Solo haremos una llamada.

Lo que nos lleva de nuevo al 12 de julio de 1992 y a mi pequeño apartamento, donde seguía sentado, con los pies en la nevera y una mano pegada al teléfono. Tenía la garganta seca y temblaba. Era como estar esperando una cita de última hora para el baile de graduación.

El teléfono sonó a las 21:30 de la noche.

—Enhorabuena, Adelstein-san. Ha sido seleccionado para la última ronda de entrevistas. Preséntese, por favor, en el edificio Yomiuri el 31 de julio. ¿Tiene alguna pregunta?

No tenía ninguna.

La última entrevista fue muy bien. Todo el mundo sonreía y el ambiente era muy relajado. No hubo preguntas difíciles. Uno de los panelistas se embarcó en una pregunta muy complicada sobre política japonesa, pero su dialecto de Osaka era tan cerrado que yo no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Hice como los psiquiatras y repetí partes de su última frase, a las que añadí vagos comentarios del estilo de: «Bueno, es un modo de ver el problema». Él pareció interpretar mi respuesta como que yo estaba del todo de acuerdo y yo no me molesté en llevarle la contraria.

Hubo dos últimas preguntas:

—¿Podrá trabajar en *sabbat*?

Ningún problema.

—¿Puede comer sushi?

Eso tampoco lo era.

Y con eso, uno de los responsables de recursos humanos, Matsuzaka-san, un hombre con un aspecto sorprendentemente judío para ser japonés, me palmeó la espalda y dijo:

—Enhorabuena. Estás contratado. El papeleo te llegará por correo. —Mientras me acompañaba a la puerta, me susurró al oído con aire cómplice—: Yo también me gradué en Sophia. He oído hablar bien de ti a tus profesores. Me alegra que haya otro graduado de Sophia a bordo.

Por increíble que pueda parecer, una suerte loca me había acompañado a lo largo de todo el proceso, incluso

hasta el extremo de que hubiera alguien de mi misma universidad en la junta de contrataciones.

No sabía por qué el destino me había sido tan favorable, pero pensé que debía tomar todas las precauciones por si acaso. De camino a casa, le puse unas cuantas monedas al Buda que hay en los jardines del Museo Nezu.

Le debía a aquel Buda algo de suelto —que le había cogido prestado para pagar el metro— y me gusta pagar mis deudas.